Uslar Pietri, Arturo.
Educar para Venezuela.
Madrid, Editorial Lisbona, 1982.

La educación venezolana no enseña a hablar, ni a escribir. No sé si este grave mal, lleno de amenazas para el presente y el futuro, se extiende a otros países hispanoparlantes. El caso constituye la más absurda y dañina contradicción. Nos empeñamos, en la escuela, en hacer aprender un heterogéneo cúmulo de conocimientos dispersos e incompletos sobre todas las ramas de la ciencia, la historia y la literatura, pero del instrumento fundamental, sin el cual esos conocimientos quedarán sin contenido y sin posibilidad de comunicación, que es la lengua, no enseñamos prácticamente nada.

O mejor dicho, enseñamos lo que tiene menos importancia: Hacemos pasar a los estudiantes largas horas tediosas memorizando inútiles reglas de gramática y muy poco o nada se hace para hacerles aprender, con la práctica continua y viva, cómo usar con propiedad y limpieza la lengua hablada y escrita.

No aprender a expresarse es salir de la educación mudo y aislado. El más importante instrumento, casi diría el solo instrumento que el hombre posee de conocimiento y comunicación, es la lengua. Quien no sabe hablar es un mutilado, un maltrecho, un ser incompleto aunque haya acumulado en su memoria todas las ecuaciones matemáticas o todas las fórmulas químicas.

La lengua es mucho más que un instrumento, es el medio de pensar y entender. Quien no sabe expresarse bien no puede pensar bien. Es la precisión de la palabra empleada la que lleva la precisión del concepto y el matiz del conocimiento. Los antiguos creían, con razón, que el don fundamental que los dioses habían dado a los hombres era la lengua. Shelley, precisamente un gran poeta, es decir, un hombre que tenía cabal sentido del poder de la palabra, decía bella y atinadamente en su poema a Prometeo: «Dio al hombre la palabra y la palabra creó el pensamiento, que es la medida del universo.»

Mientras la escuela hace muy poco para enseñar a usar el lenguaje, otros medios, más poderosos que ella, hacen todo lo

posible con terrible eficacia para empobrecer, desnaturalizar y destruir el lenguaje.

La calle de nuestras ciudades es un aula abierta de corrupción del lenguaje. Jergas de «hippies», de peloteros, de pandilleros, llenas de comodines deformados y deformantes, de imitaciones fonéticas de otras lenguas, predominan en una conversación casi inarticulada que no emplea más de algunas docenas de palabras.

La contribución mayor a este proceso de empobrecimiento y adulteración la hacen los medios modernos de comunicación de masas. Los programas cómicos, los comentarios deportivos y muchos novelones seriales se convierten en muy eficaces focos de infección del lenguaje. Se recurre a la barata comicidad de hablar mal, con palabras adulteradas, con pronunciaciones grotescas, para hacer reír sin mayor esfuerzo intelectual y de paso se siembra a todo lo ancho del país un vocabulario y una manera de hablar que muy poco tienen que ver con ese maravilloso medio de expresión y comunicación que es el castellano.

La proliferación ostentosa y satisfecha del mal hablar se extiende ya a todas las edades y a todas las capas sociales. Es sorprendente la pobreza de léxico, el abuso de comodines y palabrotas, la incapacidad de describir de la mayoría de las gentes con las que en el curso de una jornada hay que comunicarse para los más variados fines. A este paso puede llegar al punto en que los más hablarán una o varias jergas, un «patois», una «lingua franca», un dialecto de bajos fondos, que impedirá toda posibilidad eficaz de comunicación, de lectura o de escritura. Lo más triste es que muchas de estas gentes que destrozan literalmente su lengua materna, hablan con propiedad y corrección alguna lengua extranjera. Sencillamente porque se las han enseñado mejor que la propia.

En su día, Andrés Bello vio con temor la posibilidad de que el castellano se desintegrara, siguiendo el ejemplo del latín, y diera nacimiento a varios dialectos incommunicables entre

sí. Para evitar esa nefasta tendencia escribió su monumental Gramática y se esforzó, a todo lo largo de su fecunda vida, en hacer que las gentes hablaran mejor. No hubiera podido prever Bello que el mal no iba a venir de la gente ineducada sino, precisamente, de los más grandes y avanzados medios tecnológicos de comunicación que el hombre ha inventado.

Por una dolorosa paradoja, estamos en camino de poder tener los más modernos instrumentos científicos, las construcciones más atrevidas, las ciudades más modernas, los sistemas electrónicos más eficaces pero ante ellos, cada día más, vamos a expresarnos en un habla más pobre, más vil, más sucia, más elemental y más aislante. Vamos a disponer de todos los medios pero no vamos a saber cómo hablar de ellos y por medio de ellos.

«Habla para que te pueda ver», decía un olvidado autor alemán. Nada revela más a la persona que su lenguaje. Al hablar declaramos inequívocamente quiénes somos y hasta dónde llega nuestra cultura. La lengua corrompida que estamos hablando desnuda y revela una condición incompatible con ninguna aspiración de cultura.